

Cosecha del 98

Anna Caballé

NUESTRO BOLETÍN ES ANUAL y, a toro pasado, quizás resulte ocioso hablar de las actividades llevadas a cabo en esos doce meses largos desde el cierre del número anterior porque caen ya un poco lejos aunque han sido importantes, según creo, para la difusión de la UEB y de la revista. Pero otras tienen un valor más perdurable, como los nuevos contactos establecidos en esos doce meses (con Anna Iuso, de Roma, responsable del proyecto de organización de los archivos autobiográficos europeos; con Charlotte Heinritz, editora de la revista alemana *Bios*, dedicada a la investigación biográfica); los proyectos en común (con la revista argentina *Intramuros*, por ejemplo), las colaboraciones (Manuel Fernández Arroyo se ha ofrecido a llevar, desde Madrid donde vive, el archivo de memoria); los amigos (Carlos Castilla del Pino, Francisco Umbral, Arcadi Espada, Fernando Valls, Antonina Rodrigo, el matrimonio Zuleta, Blas Matamoro, Jordi Gracia, Benito Fernández, Beltrán Gambier, Joana Bonet); las ayudas (el vicerrector de investigación, Màrius Rubiralta, la empresa Area de Televisión que nos diseñó la página web). Este ha sido también un año de consolidación en varios sentidos: en cuanto al equipo de colaboradores que día a día trabaja en la UEB y que aún siendo joven y reducido -en otras palabras, el trabajo desborda siempre nuestra capacidad real- ha conseguido encontrar unas metas comunes; en cuanto a los proyectos de investigación que han dejado de ser meros ideales futuribles para adquirir materialidad y consistencia, en cuanto a las tesis doctorales que van tejiéndose poco a poco, o a los contactos cada vez más sólidos con otras universidades.

De las actividades más destacadas damos noticia en la última sección del Boletín pero no quiero dejar de destacar el Premio de Literatura Personal convocado por Marie Claire y Calvin Klein y la organización del cual está corriendo a cargo de la UEB. Cuesta creer que una firma con el glamour de Calvin Klein contribuya a la financiación de la UEB, pero la vida a veces da sorpresas agradables, como la de hacer posible un concurso literario dispuesto a rescatar la experiencia de las mujeres, trozos de su particular historia, sin más.

La verdad es que los géneros que trabajamos gozan cada vez más de un predicamento editorial y público del que antes no disponían, y también de reconocimiento crítico. Ahora ya es frecuente, incluso previsible, que cualquier panorama historiográfico de la literatura en cualquiera de las lenguas peninsulares contemple la recensión de memorias, biografías y diarios. Quizás por eso este número tres es más denso que los dos anteriores -se tratan más temas- y es también el de más páginas. Es por eso que su elaboración ha sido algo más lenta y salimos con retraso respecto a los dos números anteriores. En un principio se intentó dedicarlo exclusivamente a la biografía, pero la fuerza de libros que han ido saliendo y también la dificultad de dejar al margen, ni que sea brevemente, el estudio de la autobiografía explican que sea un número híbrido pero, en cualquier caso, más abierto que los anteriores a un género de poca tradición en el ámbito hispánico.

Sin embargo, si se tuviera que resumir el año con un solo rasgo definitorio éste sería el auge de la biografía por encima de cualquier otra consideración. Es cierto que memorias, autobiografías y diarios empiezan a ocupar un espacio editorial específico, incluso físicamente hablando -una habitación propia, por recordar a quien fuera una diarista excepcional, Virginia Woolf-, pero en el ámbito hispano la biografía continuaba siendo hasta hace muy poco la pariente pobre. No me refiero al ámbito de la lectura, pues siempre hemos dispuesto de excelentes traducciones de biografías extranjeras -extranjero el biógrafo y extranjero el biografiado- que han permitido al lector español hacerse sabrosas cábalas de cómo sería la lectura de una buena biografía de algún español que no fuera Federico García Lorca. Las traducciones no han dejado de mostrar el interés que ofrece el género y cómo hay gente dispuesta a mantenerse en el filo de los dos extremos de desarrollo posibles, extremos bien descritos por P.M. Kendall en un viejo ensayo (*The Art of Biography*, London, 1965). Esto es, la biografía "novelada" que simula, en efecto, la vida sin respetar para nada los materiales de que dispone, y la biografía erudita, atiborrada de datos, respetuosísima con los materiales, pero incapaz de levantar con todo ello el asomo de una vida real. A una, dice Kendall, le falta la verdad, a la otra le falta el arte. De modo que entre esos dos extremos se extiende la artesanía de la verdadera biografía, en

lucha perpetua por asir un ideal equidistante de ambos márgenes. La editorial Tusquets, de las más activas en ese campo, ha traducido obras importantes: la biografía de Albert Camus: Una vida (1997) escrita por Oliver Todd, y complementaria de la que escribiera en su día Herbert Lottman (Seuil, 1978) cuando la viuda de Albert Camus, Francine, todavía vivía. Por ello la biografía del maestro Lottman -un americano en París- resultaba insuficiente pues evitó causar a la viuda del escritor el menor sufrimiento con su libro. También del 97 data la impresionante biografía escrita por Rüdiger Safranski: Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo, publicada en alemán en 1994 y magníficamente traducida por Raúl Gabás para Tusquets (1997). No puedo imaginarme un desafío mayor ni más satisfactoriamente llevado a cabo que el libro de Safranski (también biógrafo de E.T.A. Hoffmann). Demuestra un excelente conocimiento no sólo del pensamiento de Heidegger y de su evolución, sino de la filosofía occidental, en especial la que se escribe de Nietzsche en adelante, es decir la que acepta el desafío de la modernidad. Resulta conmovedora la pregunta de Safranski después de explicar a Heidegger en algo más de 500 páginas y una vez ha cumplido con el relato de su vejez -por cierto ¿alguien puede imaginarse a Martin Heidegger yendo a casa de sus vecinos para ver los partidos de la Copa de Europa? Por lo visto murió admirando a Beckenbauer. Tenía cerca de 90 años. Su biógrafo se pregunta un poco angustiado ¿cómo podríamos terminar? Lo hace con el comentario de Heidegger a la muerte de Max Scheler: "Otra vez un camino de la filosofía recae en la oscuridad".

Tampoco Lottman (biógrafo de Flaubert, Colette, Pétain, Camus o los Rothschild) ha dejado de contribuir al friso que viene ofreciendo de la Francia contemporánea. Su última entrega es un análisis hasta cierto punto rehabilitador sobre la depuración y los traumatizantes acontecimientos que tuvieron lugar a raíz de la Liberación. Me ha parecido un libro escrito con gran oficio pero exento del talento que demuestran otras obras suyas, su biografía de Camus, por ejemplo.

La editorial Anagrama ha publicado traducciones de algunos trabajos interesantes como la biografía de Lewis Carroll escrita por Morton N. Cohen (1995), y otros que son motivo de estupefacción, por

más campanillas que cuelguen de sus autores: pienso en *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti*, de Hans Magnus Enzensberger, un libro del año 72 incomprensiblemente presentado por el autor como novela. Pero aprovechando el tirón del centenario de su nacimiento (Durruti nació en 1896) se reeditó un libro capital: *Durruti en la revolución española*, la completa biografía escrita por Abel Paz sobre el líder anarquista (Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 1996). También se ha puesto de nuevo en circulación un clásico de la biografía anglosajona *La vida de Samuel Johnson*, escrita en 1791 por James Boswell, autor a su vez de un sorprendente *Diario londinense*, editado por Ediciones del Bronce en el 97, en edición de Juan Manuel de Prada. Por unas u otras razones, el ámbito de la historia sigue siendo el más fecundo en el aspecto biográfico (pienso en el auge de la figura de Felipe II o el libro de Paul Preston: *Las tres Españas del 36*, del 98).

De modo que cabe subrayar el auge de la biografía y no tanto por las traducciones que, al fin y al cabo, siguen siendo una pequeña muestra de lo que se hace fuera, sino por algunas biografías o ensayos biográficos sobre figuras autóctonas que demuestran un vigor y una voluntad de abrir caminos digna de la mayor consideración. Citaré cinco o seis: *La verdad sobre Tierno Galván*, de Alonso de los Ríos; *Un maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, de Gregorio Morán; *La vida desafortada de Salvador Dalí*, de Ian Gibson; *La mort del president Companys*, del historiador Josep Benet; *Mujeres argentinas* (volumen colectivo editado por Alfaguara) y *Valle-Inclán, los botines blancos de piqué*, de Francisco Umbral. De los dos primeros se da cuenta en este número con sendas entrevistas a sus autores. Entrevistas quizás poco periodísticas -son largas y procuran respetar al máximo el registro oral en que se produjeron-. En el caso del libro de Gregorio Morán se prefirió la forma del debate porque podía canalizar mejor diferentes actitudes y puntos de vista surgidos ante uno de los libros más polémicos del año, al menos en el mundo universitario. Sobre la magnífica vida de Dalí, escrita por Ian Gibson, no cabe más que emplazar la entrevista para el número cuatro. Tampoco ha dado tiempo de valorar como se lo merecen los libros de Josep Benet o el conjunto de biografías de mujeres argentinas, pero lo haremos. En cuanto al

libro del maestro Umbral, su alcance es más estético que biográfico.

En esta línea de rescate metodológico de la biografía está el artículo de Francesc Espinet, con su ambicioso y utilísimo inventario de vidas de periodistas catalanes. Y en otro sentido, el de Roberto Ferro sobre el testimonio, un género del mayor interés, sobre todo en América Latina y sobre el cual las valoraciones críticas resultan muy dispares. La posición de Roberto Ferro es clara: no es necesario marginar la ficción, negarla para otorgar a los géneros testimoniales el valor que tienen. Todo lo contrario, dice Ferro, es justamente porque enervan la imaginación que sus narraciones alcanzan el sentido que alcanzan.

El artículo de Claudio Maíz sirve para recordar la vigencia de algunos diarios escritos por modernistas que desarrollaron en esos textos que analiza sus propias ideas en torno a la modernidad tanto desde un punto de vista literario como moral. Por último, el trabajo de Violeta Rojo es un resumen de una aportación todavía inédita pero fundamental para poder reconstruir el tupido tapiz de la escritura autobiográfica en lengua española. La profesora Rojo repasa las figuras más notables del memorialismo venezolano, uno de los más fecundos de Hispanoamérica.

En cuanto a las páginas autobiográficas, como siempre, nuestro agradecimiento a cuantos han cedido sus textos o parte de ellos para su publicación: Blas Matamoro, quien ha venido donando a la Unidad parte de su archivo personal. Gracias a Antonio Rabinad autor de una autobiografía magnífica de la cual aquí apenas podemos publicar un fragmento; a la poeta Concha Lagos que nos cedió en depósito el original de sus memorias, o Ana M^a Díaz Plaja por facilitarnos algunas cartas inéditas de la correspondencia entre su padre y Azorín. El profesor Manuel Alberca sigue con su investigación sobre la práctica del diarismo hoy día y la verdad es que las muestras seleccionadas no pueden ser más gratas para quienes creemos en la importancia de la escritura personal, la que tiene como sujeto las vidas de gente común. Aquellas cuyo rescate se ha convertido para Philippe Lejeune en el verdadero motor de su trayectoria intelectual.

En este año que acaba murió Manuel Azcárate, sobrino-nieto de Gumersindo de Azcárate y autor de unas memorias políticas que recorren los sucesos más importantes de la reciente historia de España desde la perspectiva de una militancia comunista que no abandonó en 47 años. También murió un autobiógrafo excepcional y obsesivo, Julien Green, preocupado por encontrar lo que definió como *el hilo conductor* de su larga vida (nació en 1900), a través de la recreación de los estados de ánimo y las crisis morales que le abatieron.

Por último, no puedo terminar este editorial sin decir que estoy profundamente agradecida, y lo

digo sin un átomo de retórica, a los becarios que han permitido que este número tres pudiera concretarse. Una revista es una labor de equipo y el nuestro se llama Ricardo Fernández Romero, Blanca Bravo Cela, Minerva Vázquez de las Heras y Santi Bonet Camprubí. Cristóbal Pera debería estar en él si no fuera porque tiene, lógicamente, sus propios proyectos. Adela Mejías se ha encargado, como siempre, de lo más árido que tiene hacer una revista, corregirla.

Barcelona, un día nublado y sereno de finales de septiembre.

Anna Caballé